

—Sólo así es como se puede alcanzar el perdón de Dios. Si teneis rencor á vuestro prójimo, si no perdonais á los que os ofenden, ¿cómo os atreveréis á pedir perdón á Dios por las ofensas que vosotros, siendo sus criaturas predilectas, podais inferirle?

—Sí, sí; perdonamos á todos, perdonamos á todos.

—Pues Dios también os perdona. Id y decid á vuestro pueblo que siendo cristiano será dichoso.

Un eclipse de luna, conocido anticipadamente por Colón, le salvó de una muerte cierta.

¿Quién le salvó?

¿La casualidad ó la Providencia?

Capit. LXV.

Desventuras sin fin.

La estancia de Colón y de los suyos en la costa de la Jamáica, es uno de los grandes ejemplos de paciencia que presenta la historia del mundo. Es necesario reconcentrar toda la atención para formarse una idea de los tormentos que padecieron aquellos infelices, del horrible martirio que sufrió el gran hombre á quien la Providencia había encomendado una de las más importantes y más trascendentales misiones que ha confiado en el mundo á las almas privilegiadas.

Todo esto una semana, un mes, aún puede concebirse.

Peró un mes y otro... hasta diez... un invierno,

una primavera, un otoño... ¡Esto es el colmo del infortunio!

Ocho meses habian trascurrido desde la salida de Diego Mendez y de Bartolomé Fiesco, y en aquel tiempo no habia pasado un sólo dia sin que Colon abrigase y perdiese la esperanza de ver llegar á Fiesco, ó por lo ménos un buque enviado por Ovando con la noticia de que Mendez habia partido para España.

Algunas veces descubrian á lo lejos canoas indias, que parecian dirigirse á la costa en donde estaban, y se lisonjeaban de que fuesen mensajeros de prósperas nuevas; pero su ilusion no tardaba en desvanecerse.

Las canoas pasaban de largo, ó iban á desembarcar á sus tripulantes en playas alejadas, á las que servia de paseo á los desventurados náufragos.

—¿Pero es posible que tarde tanto Fiesco?—preguntaba Bartolomé Colon á su hermano.—Por fuerza ha debido morir en la travesía.

—No,—decia el almirante,—la Providencia no lo habrá permitido.

—¿Qué significa entonces su tardanza, qué la absoluta carencia de noticias en que estamos?

—¿Por qué desesperar?

—Es que los dias pasan y se llevan nuestras esperanzas.

—Para devolvérsela al siguiente.

—Eres demasiado bueno, Cristóbal,—repuso su hermano.

—¡Tengo fé en Dios!

—Yo tambien, que á cristiano viejo nadie me ga-

na, pero esto es demasiado; no hay paciencia que baste...

—Confía... espera.

Bartolomé sospechaba á veces de la lealtad de Fiesco; pero no se atrevia á comunicar sus temores á su hermano.

Un dia se resolvió al fin á confiarlas.

—Me temo que Fiesco haya desempeñado su papel con demasiada perfeccion.

—¿Qué quieres darme á entender con esas palabras?

—Que á mi juicio ha olvidado su acrisolada lealtad.

—No le conoces si dudas de él.

—Pues ¿qué pensar entonces?

—Pienso que Ovando no ha caido en el lazo que iba á tenderle para salvarnos, y le ha aprisionado para que no pueda volver á obligarnos á tomar una resolucion desesperada; ó por lo ménos, creo que, deseoso de mi ruina, ha decidido no venir en auxilio nuestro hasta que con arreglo á sus cálculos hayamos perecido todos.

—Eso sería demasiada inhumanidad.

—Capaz es de todo: su único deseo es que perezcamos para anunciar nuestro fin á los reyes y pretextar que no ha podido salvarnos porque en mi orgullo, en mi soberbia, como dicen mis enemigos, no he querido rebajarme á acudir á él.

—¿No crees que convendria que fuera yo á reclamar socorro?

—¿Y cómo?

—Como ha ido Mendez, como ha ido Fiesco.

—¿Es imposible!

—Las olas me respetarán como á ellos.

—¿Te has olvidado de que sin tí no hay nada?

Mis achaques, mis pesadumbres, me tienen postrado en el lecho casi siempre; y aunque Dios me ha inspirado y me ha otorgado su inmensa protección para que yo pueda adquirir influencia con los indios, sin embargo, es indispensable que permanezcas á mi lado, que mis subordinados vean en tí la fuerza que me falta, que yo halle en tu cariño el aliento que sin tí y sin mi pobre hijo me habria abandonado por completo.

Bartolome no insistió.

El tiempo pasaba, y no pudiendo figurarse Colón que llevase Ovando su crueldad hasta el extremo de abandonarle por completo, de no ir siquiera á saber si habia perecido ya, pensó que la embarcacion que con este objeto debia haber mandado habria perecido en la travesía.

Esta creencia, que se arraigó en su alma, pareció confirmarla un suceso.

Una mañana vieron á muchos indios bajar de las montañas y acercarse á un objeto que las olas habian arrojado á la orilla, como á unas cien varas del paraje donde residian los españoles.

Los indígenas transmitieron su sorpresa y curiosidad á los españoles, y algunos de ellos, previo el permiso del almirante, fueron á ver qué era.

Poco despues volvieron á participar á su jefe y á sus compañeros que el objeto que habian arrojado á las olas era un fragmento de la baranda de un buque.

Algunos dias despues se vió en alta mar el casco de un buque con la quilla hácia arriba, flotando á merced de las olas.

Colón se confirmó en su creencia: aquel buque habia sido enviado para llevarlos á Santo Domingo.

En el barco se habia perdido su única esperanza.

Un profundo desaliento se apoderó de todos.

Colón mismo no ocultaba á nadie la postracion en que cayó.

Al desaliento sucedió la más espantosa desesperacion.

—Ya lo veis,—dijo Bernardo de Valencia, no pudiendo disimular por más tiempo;—Ovando creará que hemos salido para España en el buque que nos ha enviado, y habiéndose perdido, no nos queda más recurso que la muerte.

—Más felices son que nosotros los que se rebelaron.

—Vaya un premio que dá la Providencia á nuestra lealtad.

—A nuestra abnegacion...

—Más nos valia haber seguido la suerte de nuestros compañeros.

Alonso de Zamora y Pedro de Villatoro, unidos con Benardo de Valencia, capitanearon una nueva insurreccion, que debia ser más terrible que las anteriores, porque entonces no veian la muerte como

una probabilidad, sino como una consecuencia necesaria de su situación.

La chispa no tardó en comunicar el fuego á los que estaban febriles.

Otra vez más detuvo el golpe la Providencia, que siempre estaba al lado del gran hombre.

Un diálogo que van á oír mis lectores lo demostrará.

Capítulo LXVI.

Sarcasmo de la suerte.

- Nos hemos salvado.
- Si, sí; allí lo veo.
- Avisémoslo á todos. Es preciso evitar el motin.
- Que nadie se aperciba de nuestros proyectos.
- Nos seria funesto, y en vez de conseguir la libertad, sólo conseguiríamos nuestra ruina.
- ¡Parece imposible! ¡Parece imposible que ninguna otra nave se atreva á desafiar las iras de estas aguas, donde tanto hemos sufrido.
- ¡Callad! ¡Callad! Que nos pueden oír y nos perdemos.
- ¡Viva el almirante! ¡Viva el almirante!
- ¿Qué ocurre?—preguntó Colón.
- ¡Viva, viva!